

36

JERÓNIMO TRISTANTE

36

algaida



Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: marzo de 2022

© Jerónimo Tristante, 2022

© Algaida Editores, 2022

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-708-8

Depósito legal: SE. 104-2022

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE. KENNETH LEE

Una cartera para salvar Madrid.....	13
Los rusos	27
Viejos amigos.....	35
Un futuro incierto	44
Un fotógrafo inglés	50
Aguirreche.....	61
Candela.....	69
Ella.....	79
Queipo.....	91
Espía	101
La casa	110
La Embajada noruega	123
Durruti	138
Carmen	151
Alemania e Italia	163
Viudes.....	169
Dinero republicano.....	178
Un padre	184
El piso.....	192
Un mapa	199
Los ingleses	207

Los pacos.....	216
Heridas.....	223
El depósito de municiones	230
Vicenta.....	237
Schlayer	247
Otro espía.....	254
Eusebio Núñez.....	261
Un cilindro metálico	270
Ratón	277
El doctor Henny	286
La avería del Potez.....	297
Otra cita perdida.....	305

SEGUNDA PARTE. EL VUELO DEL POTEZ

El vuelo del Potez	313
Flores para el doctor Henny.....	323
Unas valijas.....	331
Boyer	338
Le Goland Masqué	345
James	353
Candela espía	360
Pastrana.....	366
Y de nuevo, Schlayer	372
Muerte	378
Sacas	385
Otra vez, Isidoro	392
Lee.....	399
Negativos.....	404
Valencia	410
Barcelona.....	413
Epílogo.....	415

*A Mila, por ser como una madre.
A Tite, por aquella llamada.*

*Y a Julio, por acudir en mi ayuda
cuando más lo necesitaba.*

PRIMERA PARTE
KENNETH LEE

UNA CARTERA PARA SALVAR MADRID

JUAN ANTONIO TORNELL SALE AL EXTERIOR Y RESPIRA ALIVIADO. El aire fresco de noviembre le viene bien tras haber salido airoso de aquel siniestro lugar. No cabe duda, le han encomendado esa misión porque es nuevo. A nadie le agrada entrar en la checa de Fomento y menos a hacer preguntas para depurar responsabilidades y detectar negligencias. Ni si quiera un oficial del Ejército como él se siente seguro tratando con gente como aquella pero están viviendo una guerra y todo vale. Por eso son muchos los que, incluso desde el propio Gobierno, miran hacia otro lado.

—Hace frío pero el día es soleado, mi teniente —le dice uno de los guardias de asalto que vigilan el portón del edificio.

—Sí, al menos el cielo es azul, amigo —contesta apartándose de los centinelas con la intención de volver a su coche y meditar sobre sus próximos movimientos. Se ladea el flequillo negro que cae sobre su frente y enciende un pito. Piensa. No le gusta cómo ha cambiado Madrid. No le agradan la guerra ni la situación que vive y añora la época en que creció en aquella

misma ciudad, de niño. Una ciudad que ahora parece otra, una ciudad condenada a cambiar por la guerra.

—Qué, ¿cómo ha ido? —le pregunta Agustín, el chófer que le han asignado. Le espera leyendo *El Socialista* apoyado en el Buick requisado que han puesto a su disposición. El teniente Tornell toma nota de que el joven, apenas un crío, debe de ser de la UGT. Esos pequeños detalles han terminado por hacerse importantes en el entramado de apoyos, desafecciones y múltiples conflictos internos que supone la vida cotidiana de un militar en el bando republicano.

—Está claro —se escucha decir—. Pecaron de ingenuos, al menos un capitán, y el preso se les escapó por las bravas llevándose por delante a dos tíos.

—Pero ¿no pudieron evitarlo?

—Evidentemente, Agustín, pero como digo, un capitán llamado Férez cometió el error de dar la espalda al reo para mirar por la ventana. En ese momento, el fascista, pese a hallarse hecho unos zorros, se levantó y le clavó una pluma en la yugular. El chorro de sangre llegó hasta la pared. Aún puede verse la mancha. Luego cogió el arma de Férez, se deshizo de un miliciano y escapó por la misma puerta principal. A estas alturas debe de haberse pasado ya. Aunque no es tan fácil hacerlo.

Mientras que suben al coche Agustín le pregunta que qué es un reo, pero Tornell, acostumbrado a cosas así, ni contesta. Le pide que le lleve a ver a su jefe para dar parte del asunto. Sabe, pues ha tomado declaración a los pocos testigos presenciales, que el fugado es historia. O yace muerto en tierra de nadie o se ha pasado. Según ha podido averiguar por los propios compañeros de los asesinados, la misma tarde de la fuga una vecina de la calle Abascal había delatado a una prima del preso que al parecer tenía en casa a un fugitivo.

Tras detener e interrogar a la joven, esta había cantado: reconocía haber cobijado a Roberto Alemán, que así se llamaba el fugado, y que este, pese a que apenas podía caminar, pretendía cruzar las líneas por la Ciudad Universitaria que estaba a un paso de allí. Tornell no había podido hablar con ella porque la habían fusilado de inmediato. Idiotas.

Tras informar a su superior directo, el teniente coronel Torrico, Tornell se hace conducir por Agustín hasta su pensión. El barrio de Salamanca es el menos castigado por los nacionales porque saben que está poblado mayoritariamente por gente de derechas. Los máximos dirigentes del bando republicano se han mudado allí huyendo del fuego enemigo. A Tornell no le agrada la pensión en la que lo han ubicado. Sus compañeros son todos antiguos policías o miembros de las distintas brigadillas, implicados de manera más o menos directa en la represión de la quinta columna, por lo que salen de sus habitaciones al caer la noche que pasan entre idas y venidas realizando detenciones o «dando paseos». No hay forma de pegar ojo. Se consuela pensando que para eso se han creado las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia en las que, como un tonto, se ha dejado inscribir con la idea de terminar con aquel descontrol que está perjudicando a la República.

Tras una siesta avisa a Agustín y hace que le lleve a primera línea para hacer lo único que puede: poner sobre aviso a los oficiales a cargo de aquella zona del frente y evitar que aquel peligroso enemigo del pueblo pueda lograr su objetivo. No cree que el huido pueda pasarse. La vigilancia es extrema y el fugado apenas si puede valerse, pues los milicianos a cargo de la checa coinciden en que cuando Roberto Alemán había salido de la temida celda del palmo de agua no podía ni ponerse los zapatos debido a la inflamación. A aquellas horas debe

de yacer muerto en alguna alcantarilla o escondrijo. Es lo más probable.

Los nacionales están a un paso de Madrid. En cualquier momento podría desencadenarse la ofensiva final y todo el mundo lo sabe. El miedo, aunque nadie lo quiere reconocer, flota en el ambiente. Todo el mundo chismorrea y no dejan de hablar con cierto aire entre morbosos y masoquista sobre las atrocidades que moros y legionarios vienen cometiendo en su imparable avance hacia Madrid. La ciudad va a caer, es algo que parece inevitable. Un golpe terrible a las aspiraciones de la República.

Aun así, Tornell ordena mantener la vigilancia y él mismo se dispone a husmear por la zona pese a las quejas de su conductor que dice haber quedado con una miliciana para «darle un repaso». El expolicía, como buen sabueso, una vez metido en un trabajo no puede sustraerse a la idea de cazar al hombre que busca.

Lo ha conseguido en otras ocasiones, sí. Porque Juan Antonio Tornell ha llegado, en ocasiones y por simple tenacidad, donde otros ni soñaban.

Tras vagabundear por la vanguardia, charlando con unos y otros, a eso de las seis de la tarde le informan de que unos milicianos han hallado una manga de camisa ensangrentada enganchada a una alambrada. La han descubierto junto a una suerte de trinchera muy cerca de la vivienda donde el fugado se había escondido. Tornell echa un vistazo alrededor y concluye que las fortificaciones, provisionales y construidas a toda prisa, no frenarán al enemigo cuando llegue la hora de la verdad. Tras hacer uso del teléfono y tirar de las influencias de su jefe, consigue que le envíen un perro rastreador, un sabueso. La idea de que un tipo, un fascista para más señas, salga a tiros

de la checa de Fomento ha debido de poner furiosos a los de arriba. Porque conseguir un perro de esas características es cosa difícil en aquellos días de caos. La desbandada en Madrid es general. La carretera de Valencia está atestada de cobardes y oportunistas que han hecho su agosto en el caos que siguió al golpe, pero que ahora huyen al ver acercarse al enemigo. En cualquier caso, atienden sus demandas y, acompañado por el dueño del perro, un tabernero de Chamberí muy aficionado a la caza, decide acercarse al lugar por el que, sospechan, se ha pasado el huido. Está justo delante de la Facultad de Arquitectura, entre el Hipódromo y el barrio que llaman de la Bombilla. La ofensiva nacional es inminente, así que se aconseja esperar a que caiga la noche para incursionar en tierra de nadie.

Afortunadamente consigue cenar en la casamata de un oficial de infantería, un capitán muy campechano de Burgos, comunista, con el que puede charlar abiertamente sobre la marcha de la guerra, lo inminente de la caída de Madrid y la importancia de conseguir que el mundo, las potencias internacionales, se impliquen en aquella guerra, enfrentándose de una vez a Franco, a Hitler y a Mussolini.

A eso de las doce salen de ronda. Le acompañan el dueño del sabueso, el perro, y su chófer, Agustín, que no parece muy versado en esos menesteres. Sus dos acompañantes parecen reticentes a adentrarse en la oscuridad, justo por donde en cualquier momento podrían aparecer los fascistas. Pero órdenes son órdenes y Tornell, que se mantiene firme, no parece ni escucharlos.

—Si fuerais un quintacolumnista y quisierais pasar al otro lado, ¿por dónde lo haríais? —pregunta Tornell a sus acompañantes.

—No sabemos por dónde va a llegar el enemigo, las informaciones son confusas. Pero yo, si fuera un fascista, simplemente iría hacia el suroeste. Sospechamos que van a atacar más duro por aquí, para hacer una envolvente por el norte —recita de corrido el chaval.

Tornell piensa que el crío no es tan tonto como aparenta. Quizá se lo hace para continuar como chófer, un puesto cómodo y menos expuesto que el frente.

—O sea, que este no es mal lugar —se escucha decir mientras valora las probabilidades de que aquel trozo de camisa perteneciera a su hombre. Podría ser de cualquiera, sí, pero la prima del fugado había contado que este pretendía pasarse por la Ciudad Universitaria, yendo hacia la Casa de Campo, y el domicilio de la joven está situado, como quien dice, a un paso de allí. Tiene que ser él, sí, su instinto nunca le ha fallado.

Cuando llegan al puente de los Franceses, que parece muy bien defendido, el tabernero vuelve a protestar:

—¿No es una locura que estemos aquí? ¿Y si vienen los fascistas? Nos pueden dar un tiro.

Tornell se acerca al tipo. Se sabe más alto y es de complejión fuerte, por lo que el tabernero se amedrenta. Entonces, el oficial, amartilla la pistola dejando las cosas claras y replica:

—Vamos, haga que el perro huela este trozo de camisa. Ni una sola tontería, cagon la hostia.

Tornell repara en que le molesta que aquel tipo tenga razón, ¿qué hacen allí en mitad de la noche? ¿Y si aparece el enemigo? El expolicía es un tipo tozudo y ahora no quiere dar marcha atrás. No lo puede remediar, pero sabe que están haciendo una locura.

Tras identificarse correctamente al oficial al cargo de aquella zona y detallarle la naturaleza de su misión, hacen que el perro

huela el rastro de la manga de la camisa y se adentran con tiento en la oscuridad de la Casa de Campo tras dejar atrás el último puesto republicano.

—¡Una vuelta rápida y para acá! —les grita el oficial desde el puente—. Esperamos pronto al enemigo.

Tornell sabe perfectamente que las probabilidades de hallar el rastro son bajas, pero está seguro de que el tipo solo puede haberse pasado por allí; así que decide que no pierden nada por dar una vuelta, con cuidado, y volver a las líneas republicanas. No quiere ser un héroe. Al mínimo atisbo de presencia del enemigo dará la orden de volver atrás. Lo tiene claro.

Caminan despacio, sin hacer mucho ruido, entre pinos. La noche es fresca y huele a monte, como si estuvieran disfrutando de una excursión campestre en una mañana de domingo. El sabueso hace su trabajo olisqueando aquí y allá, el animal no cesa en su empeño, pero no parece hallar nada.

—Un poco más —ordena Tornell en un susurro—. Pero tened cuidado y no hagáis ruido. Atentos. No temáis, que nos volvemos enseguida. Al menor ruido me avisáis.

Siguen caminando, con un nudo en la garganta y en silencio, hacia el lugar por el que podría venir el enemigo en cualquier momento. Está muy oscuro y no pueden verse los rostros pero Tornell percibe que el tabernero respira agitado mientras que el soldado no puede evitar que le castañeteen los dientes. Quizá por frío, por miedo o quizá por ambos motivos.

De pronto, el perro encuentra el rastro y aviva el paso.

—¡Lo ha encontrado! —exclama entusiasmado su dueño.

Los tres hombres siguen al animal que, muy decidido, se adentra en unos matorrales y comienza a trotar. No da tregua. Ha hallado el rastro y no va a dejar escapar a su presa. Hace frío y los hombres lanzan vaharadas de vaho en mitad de la

penumbra. Los pulmones les escuecen pero no pueden dejar de correr tras el animal.

—Deberíamos volvernos, nos estamos alejando mucho —sugiere Agustín con voz temblorosa.

—Estamos cerca, el rastro es muy vivo —apunta el tabernero que parece haber olvidado el miedo con la emoción de la caza.

Entonces, en mitad de la noche, se escucha un ruido, como de un motor. El teniente hace un gesto alzando la diestra y se paran. Aquello, lo que sea, se acerca.

—Sujeta al perro, ¡vamos, a esa vaguada! —ordena Tornell que tiene experiencia en el frente y sabe lo que se acerca. Los tres hombres saltan ágilmente a un pequeño barranquillo y se ocultan tras un enorme lentisco.

—Tápale la boca al perro o le vuelo la cabeza —susurra el soldado al tabernero.

—Si disparas, nos los echas encima, imbécil. Eso que viene por ahí es un carro de combate. Ojalá que sea nuestro, pero por la dirección que trae me temo que es fascista casi seguro. Así que silencio —sentencia Tornell dando por zanjado el asunto.

El ruido se hace más y más audible. ¿Habrá comenzado la ofensiva?

Tornell lamenta entonces haberse metido en aquel lío. ¿Quién le mandaba ir a buscar al fugitivo? ¿A qué distancia estarán del puente? ¿Cuánto han caminado? Diez, quizá quince minutos. Tendrían que correr mucho y deprisa si quieren volver a la seguridad de las líneas amigas. Es evidente que si ha empezado la ofensiva pueden verse copados en segundos. Se consuela pensando que al menos la oscuridad podrá cubrirles en su huida.

El carro de combate llega muy cerca de ellos. El sonido del motor se escucha justo al lado. Tornell siente los latidos del

corazón retumbando en sus tímpanos. Sabe que es así como se percibe el miedo y levanta la cabeza con tiento mientras que el perro gime acojonado. A duras penas, sin exponerse demasiado, logra ver algo: una mole inmensa se recorta en la oscuridad. El tanque se ha parado muy cerca pero el ruido del motor, al ralentí, apaga el delator ladrido del perro. O eso espera Tornell.

Sigue observando con cuidado. Desde su posición, al borde del pequeño barranco, queda casi a la misma altura que aquel armatoste. De pronto, se abre la portezuela. Cuidado. Tornell mira hacia atrás y chista a sus compañeros que han reculado para esconderse al fondo del barranco. Cobardes.

Mira de nuevo hacia delante y ve a dos figuras bajar del vehículo, van vestidos de negro. Uno lleva una linterna con la que alumbra un mapa. Ambos miran alrededor y parecen perdidos. Quizá asustados. No saben dónde están, es obvio, y hablan en italiano. O eso le parece a Tornell. Uno de los tanquistas mira el mapa y señala en una dirección mientras que el otro hace lo mismo pero señala hacia otro lugar. ¡Sí, se han perdido! Eso quiere decir que aquello no es la esperada ofensiva. Probablemente se trata de un carro solitario en misión de reconocimiento que se ha perdido en tierra de nadie.

Tornell se tranquiliza, están a salvo, es cuestión de tiempo. Esperarán a que los italianos se vayan de allí y luego, tranquilamente, darán la vuelta y volverán a casa a paso vivo.

De pronto, Tornell se sobresalta. Se ha parado el motor y otra cabeza aparece por la escotilla del blindado. Los tres italianos discuten de nuevo, pero Tornell no termina de entender lo que dicen. Los minutos se le están haciendo eternos. ¿Cuándo se irán de allí aquellos idiotas?

Al fin, parecen llegar a un acuerdo. Los tres tanquistas asienten. Uno de ellos dice algo y se encamina directamente

hacia donde está Tornell, justo en el talud en que se inicia el barranco. El teniente republicano se queda quieto e intenta no respirar. En ese momento escucha un sonido familiar, como de botones que se desabrochan y, al segundo, comprueba que el otro está orinando. Entonces ocurre lo inevitable.

Un ladrido.

El soldado gira la cabeza y mira hacia el fondo del barranco, como dudando.

—Salvatore, *che succede?* —dice uno de sus compañeros.

—¡Disparad! —grita Tornell haciendo fuego con su pistola. El primero de los italianos cae junto a él como un fardo, muriendo sin dignidad, con la minga en la mano. Mientras, Agustín, el chófer de la UGT, dispara sin mirar su naranjero. El italiano que queda de pie, junto al carro, sale despedido violentamente hacia atrás mientras que las balas rebotan en el chasis del blindado desprendiendo chispas en mitad de aquel ruido ensordecedor.

—¡Alto el fuego, alto el fuego! —ordena Tornell.

Silencio.

Con cuidado, tratando de no ofrecer un blanco fácil, se incorpora medio en cuclillas y sin dejar de apuntar al enemigo que tiene más cerca, le empuja con el pie. Está muerto. Confirmado. No en vano ha intentado hacer blanco en la cabeza del italiano y ha tenido puntería. Tiene sabor a barro en la boca de haberse pegado tanto contra el suelo. Se levanta y da dos pasos con cuidado. El otro tanquista yace muerto boca arriba, el pecho aún le humea por efecto de la ráfaga que ha recibido.

—¿Y el del carro? —se escucha decir—. ¡Ha desaparecido! ¡Cubridme!

Precaución. Es raro que el tercer italiano, que debe estar dentro del vehículo, no haya hecho fuego con la ametralladora

del tanque. O mejor, ¿por qué no lo ha puesto en marcha huyendo de allí? Es extraño. Tornell escucha tras de sí los pasos del chófer que, arma en ristre, le sigue para cubrirle.

—¡Sepárate! No queremos que nos maten tirando al bulto.

Despacio, muy despacio, avanza hacia el carro. No hay ni rastro del enemigo. Entonces, como activado por un resorte, Tornell da dos zancadas a toda velocidad, se encarama a la torreta del blindado y apunta al interior de la escotilla con su pistola.

El tercer italiano está muerto. Una bala perdida del naranjero del chaval le ha reventado la cara.

—¡Está fiambre! —grita.

Aparta el cuerpo a un lado y echa un vistazo al interior. No hay nadie más. Baja con mucho cuidado e inspecciona el lugar. En seguida hay algo que llama su atención: una cartera de piel, entreabierta, por la que asoman multitud de documentos. Ojea los mapas a toda prisa y comprende que aquello es valioso. No tiene un minuto que perder. Sale del blindado y arranca el mapa que le faltaba de las manos del oficial italiano muerto junto al carro.

—¡Nos vamos, rápido! —ordena.

—¡Gracias a Dios! —exclama el tabernero que ha salido de su escondite. Al pobre hombre le tiemblan las piernas—. Creo que me he cagado encima.

Entonces, justo cuando van a salir de allí, el perro ladra dos veces y sale corriendo en la dirección equivocada. Va hacia el enemigo.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunta el chófer con fastidio.

—¡El rastro! —contesta el dueño del animal.

—¿Y qué me importa a mí el rastro? —farfulla el soldado.

Tornell y el tabernero corren tras el perro. Apenas unos metros más allá lo encuentran, parado, husmeando. Ha encontrado algo.

—¡Es el rastro, es fresco! El preso está cerca —dice el dueño del animal poniéndole la correa de nuevo—. ¡Mi Chispas lo ha encontrao!

Iluminan el piso de tierra con la linterna y comprueban que en el suelo hay restos de comida y una venda ensangrentada. Está claro que el huído ha pasado por allí. El tabernero mira alrededor. El perro está nervioso. El preso debe de estar muy pero que muy cerca. Por un momento, Tornell tiene un destello de lucidez y cae en la cuenta de que aquello es absurdo. ¿Qué hacen allí, persiguiendo a un fugado cuando el enemigo puede aparecer en cualquier momento? Intenta pensar, tomar las decisiones adecuadas. Como un buen oficial. Han encontrado unos mapas con los puntos del ataque fascista claramente marcados. Eso es lo importante y no el huído. Deben volver y olvidarse de aquel pobre desgraciado.

—Nos volvemos —dice.

—Sí, sí —insiste el soldado que parece cada vez más asustado.

—Pero, si estamos a punto de... —comienza a decir el tabernero.

—Nos volvemos, he dicho.

—Si mi Chispas ya lo tiene locali...

Entonces, suena un disparo y aquel pobre hombre cae fulminado.

El perro sale huyendo en dirección a las líneas amigas, asustado por la detonación y sin pararse siquiera a interesarse por su dueño.

Hay más disparos, ¿de dónde vienen? Es el crío, Agustín, que está respondiendo al enemigo haciendo fuego con su

naranjero. La ráfaga de aquel subfusil ilumina la noche, hacia el fondo, hacia el lugar de donde han venido los disparos. Tornell, en mitad de aquella confusión, comprende que debe ponerse a cubierto.

—¡Mierda! —grita el soldado—. Se me ha encasquillado.

—Ten cuidado, hijo —dice Tornell temiendo que aquello acabe mal.

Más disparos. La corteza de los pinos vuela hecha astillas a su alrededor. Gracias a Agustín y su arma los han localizado perfectamente. Tornell corre agachado para esconderse tras un árbol y escucha el ruido sordo de la caída del soldado que le acompaña.

—¡Joder! —dice el chaval.

Le han dado.

Juan Antonio queda paralizado por un momento, sin saber qué hacer y semioculto en la penumbra. Otra vez, con sumo cuidado, acierta a asomar la cabeza y los ve venir. Legionarios. Muchos. Repara en que están muy cerca pues, a pesar de la oscuridad, acierta a distinguir sus siluetas contra el horizonte. Ve cómo las borlas de sus gorros se bambolean con la carrera.

¿Qué hace? El crío grita de dolor mentando a su madre. ¡Tienen que salir de allí! Tornell se oculta de nuevo, toma aire y se acerca a rastras donde Agustín.

—¿Puedes andar?

—Creo que sí, me han dado en el brazo.

Tornell asoma de nuevo la cabeza. Entonces, una bala impacta en la corteza del pino en que se ocultaba, apenas a unos centímetros de su cara. Sin pensarlo, rueda ágilmente sobre sí mismo, ayuda al chaval a incorporarse y avanzan unos metros semiagachados.

No pueden quedarse ni un solo segundo más. Cuando se sabe fuera de la línea de fuego comienza a correr a todo lo que dan sus piernas tirando del chófer mientras que las balas zumbaban como moscardones sobre su cabeza.

El 7 de noviembre de 1936 la República se vio favorecida por un increíble golpe de suerte. En el interior de un tanque italiano perdido que tomaba parte en la ofensiva, unos milicianos republicanos encontraron una copia exacta del plan general de batalla del Ejército nacional para la conquista de Madrid. El plan fue inmediatamente enviado al general Miaja que dispuso las medidas necesarias para frenar la ofensiva en función de la detallada información del plan capturado.

LOS RUSOS

Madrid, una semana antes

EN UN RESERVADO DEL LUJOSO HOTEL FLORIDA TRES hombres aguardan sentados. Uno de ellos, el de más rango, fuma relajado en pipa con las piernas cruzadas. Viste uniforme del Ejército ruso con una gorra de plato no demasiado grande. Luce en el pecho la estrella de cinco puntas, justo en el bolsillo derecho de la guerrera por donde asoman un par de bolígrafos. Pese a que es bielorruso, tiene rasgos algo orientales, ligeramente mongoloides, como los habitantes de Siberia. Sus ojos son pequeños y sus orejas enormes. La gorra apenas deja intuir que su cabeza es minúscula, redonda y lleva el pelo corto, al estilo militar. Es Vladimir Efimovich Gorrev, hombre poderoso en el Madrid sitiado. Agregado militar de la Embajada rusa, ostenta la jefatura del Servicio de Inteligencia Militar soviético en Madrid.

Junto a él se impacientan Lev Lazarevich Nikolsky, alias Aleksandr Orlov, y unos de sus hombres de confianza, Josif Grigulevich, alias Maks o, también, Felipe.

Orlov es el jefe de operaciones del NKVD, la temida policía política estalinista en Madrid. Grigulevich forma parte del Departamento de Misiones Especiales. Nacido en Rusia, ha crecido en Argentina por lo que habla un español fluido aunque con un marcado acento porteño. Es un especialista entrenado en el secuestro, la tortura y el asesinato.

Aleksandr Orlov está en Madrid con un objetivo fundamental: depurar trotskistas aunque, en este momento, han de ocuparse de otros asuntos. Orlov es un tipo de cabeza grande, cuadrada, con nariz aplastada de boxeador bajo la que asoma un pequeño bigote. Su subordinado, Grigulevich, algo pasado de peso, también luce un bigotillo muy fino que casi le da un aire fascista. Hombre de inmensa nariz y amplia sonrisa, bromea con su propia apariencia diciendo que tiene más rostro de judío que de espía comunista. Es moreno y lleva el pelo ondulado peinado hacia atrás. Su tez es bastante blanca, aunque podría pasar por español o argentino perfectamente.

De pronto, los tres se levantan al unísono. Al fin ha llegado Kolstov.

Están allí por él, ya que, como periodista, se aloja en el Florida mientras que la mayor parte de la legación soviética prefiere hacerlo en el Gaylord, hotel que ya ha sido bautizado por el pueblo como «el estado mayor amigo» ante la presencia de tanto ruso.

Mijail Kolstov no ostenta cargo alguno. Es solo un simple corresponsal de *Pravda*, aunque todo el mundo sabe que tiene mucho más poder del que podría sospecharse. Pese a que está a las órdenes del general Gorev, y que cumple sus órdenes y encargos a rajatabla, podría decirse que, en cierta medida, está por encima de los otros tres. Y ellos lo saben. Kolstov, en Madrid, no es nadie y lo es todo. Es el hombre de Stalin en España. Tiene hilo directo con el líder de la revolución y eso da mucho poder.

Mientras que Kolstov se quita el abrigo de cuero y echa a un lado la boina que suele llevar, todos toman asiento. El periodista se pasa la mano por su profuso flequillo para peinarse un poco hacia atrás. Hombre de pelo abundante, moreno, nariz aguileña y gafas redondas de gruesos cristales, tiene todo el aspecto de ser un intelectual al servicio del Partido.

—¿Y bien? —le pregunta el general Gorev sin poder disimular su impaciencia.

—Se van —sentencia Kolstov.

—Cobardes... —murmura Orlov, el jefe del NKVD.

Gorev suspira y toma de nuevo la palabra:

—¿Cuándo?

—Es cuestión de días —habla Kolstov—. No lo han hecho antes porque temen las represalias de la gente. Ya sabéis, si el pueblo se entera de que el Gobierno se va a Valencia, podría rebelarse. Además, no saben cómo realizar su propio traslado. Las milicias anarquistas controlan las vías de comunicación hacia Valencia. No tienen claro que pudieran siquiera llegar a pasar esas barreras.

—Malditos cenetistas, algún día les ajustaré las cuentas —sentencia Orlov.

Los cuatro hombres quedan en silencio por un momento, aunque Grigulevich, un segundón, un hombre de campo, no osa abrir la boca.

El general Gorev vuelve a preguntar:

—¿Y qué hay de ... «lo nuestro»?

El periodista, Kolstov, se inclina hacia adelante mostrando su interés y sonrío diciendo:

—Bien... bien... Creo que podrá hacerse.

—Entiendo que abandonen la capital, es cuestión de horas que los fascistas estén tomando café en estos mismos salones, pero la guerra no ha terminado. Nuestro material está

llegando y las Brigadas Internacionales van a equilibrar la balanza. ¿No se dan cuenta de que si el enemigo libera a diez mil prisioneros en Madrid volveremos a quedar en desventaja? Ahora mismo estamos en una proporción de treinta mil frente a veintitrés mil. Aun siendo menos podríamos aguantar, pero si se hacen con los diez mil presos tras liberar Madrid podemos dar la guerra por finiquitada —explica el general Gorev—. Es imprescindible que se solucione ese problema.

—Lo entienden —responde Kolstov.

—¿Quiénes? —ahora es Orlov quien pregunta.

—Miaja y Vicente Rojo. Van a quedar al cargo de esto. El Gobierno huye y van a crear, como esperábamos, una Junta de Defensa. El comandante en jefe será Miaja y Rojo será su jefe de Estado Mayor. Me he asegurado de que tendremos dos consejerías —expone Kolstov demostrando que no es solo un simple periodista.

—¿Cuáles? —pregunta el general Gorev.

—Defensa y Orden Público. Son las que necesitamos —dice Kolstov.

—Sobre todo la de Orden Público —reafirma Orlov.

—Exacto —responde el periodista de *Pravda*.

—¿Y dices, camarada, que Miaja y Vicente Rojo ven claro el asunto? —pregunta Gorev.

Kolstov contesta con mucha seguridad:

—Sí, camarada. Son militares como tú y comprenden perfectamente que tienen en las cárceles de Madrid a diez mil hombres que conforman, cómo decirlo, la élite del bando rival: periodistas, militares de carrera, políticos, jueces, técnicos y funcionarios. Saben que, de ninguna manera, pueden ser liberados. El enemigo está ya muy cerca de la Modelo y algunos guardianes comienzan a hacer descaradamente la pelota a los presos. Miaja y Rojo están de acuerdo con que deben ser evacuados.

Entonces, de improviso, Grigulevich toma la palabra.

—Define evacuación, camarada.

Kolstov le mira con cara de pocos amigos:

—No me han hecho preguntas pero es obvio que saben que existe la evacuación y «la evacuación» entre comillas. Son militares y piensan en términos de bajas, no pondrán ninguna pega. Puede que no les termine de entusiasmar la idea, pero están con la soga al cuello. Los han dejado solos en Madrid y se saben condenados, tienen cosas más importantes en qué pensar y nosotros les solucionaríamos un grave problema. Es solo eso. Van a mirar hacia otro lado. De hecho, llevan meses haciéndolo con todos esos grupúsculos clandestinos deteniendo y paseando a gente por las noches.

—Eso se tiene que acabar —sentencia Gorev.

—Lo saben —continúa Kolstov—. Me han asegurado que todas las checas se cierran. Las cosas han de hacerse bien o no se hacen. De hecho, las cerraremos nosotros al hacernos con Orden Público.

Grigulevich vuelve a tomar la palabra:

—Camarada, no puedo estar más de acuerdo contigo. Pero esto debemos organizarlo bien. Conozco a los latinos, son capaces de lo mejor y de lo peor. Los he visto hacer auténticas barbaridades pero siempre en caliente, la idea de eliminar físicamente al enemigo de forma fría, certera y en gran número, les da grima.

—¡Pues vaya revolucionarios! —exclama el general provocando una carcajada en sus compañeros.

Grigulevich sigue hablando:

—Llevan siglos sometidos al yugo de la Iglesia y en el fondo esa moral judeocristiana les aparece en cuanto rascas un poco. Pero para eso estamos nosotros aquí, para aligerarles el peso de su conciencia. ¿No es así?

Kolstov apunta entonces:

—Tampoco es necesario «evacuar» a los diez mil, yo creo que bastaría con quitar de en medio a los realmente peligrosos que no son más de dos mil, a lo sumo dos mil quinientos. Habría que hacer una lista y clasificarlos en cuatro grupos. Desde Moscú lo tienen pensado: grupo 1, militares; grupo 2, hombres de carrera y aristócratas; grupo 3, obreros y el cuatro, personas cuya profesión no nos conste y que sean realmente inofensivos. Tendremos que ir consiguiendo las fichas que están en la Dirección General de Seguridad y las que tengan en las cárceles. Eso no supondrá un problema, pero me dicen que con eliminar a los grupos 1 y 2 bastará.

—Exacto —es Gorev quien habla ahora—. ¿Y decís que tenemos a la gente indicada?

Kolstov y el jefe del NKVD, Orlov, se miran como si tuvieran algo preparado. El segundo toma la palabra:

—Sí, en la Consejería de Guerra colocamos a Mije, pero la que nos atañe es la otra, Orden Público. Vamos a colocar a Carrillo de consejero y a José Cazorla como segundo. Haremos que soliciten la entrada en el Partido un momento antes de su nombramiento. Han trabajado como infiltrados en las Juventudes Socialistas y hay que decir que han hecho un gran trabajo para nosotros.

—¿No nos fallarán? —duda Gorev.

Kolstov sonríe como quien lo tiene todo previsto:

—Carrillo fue debidamente aleccionado en Moscú. Gafitas es un convencido. No digo que sea valiente en exceso. Cuando el alzamiento se buscó la excusa perfecta para pasar en París un par de semanas. Hasta que no vio la cosa clara no asomó el rostro por España. Valiente, valiente, no es. Pero tiene algo que juega a nuestro favor: es un joven ambicioso, muy ambicioso. Casi servil diría yo. Su voluntad es la

del Partido, o sea, la nuestra. Se quedará en Madrid si se lo ordenamos.

—¿Y cómo llevaréis a cabo el asunto? Digo, técnicamente... —Gorev.

Orlov vuelve a hacerse con el control de la conversación:

—Lo tenemos todo preparado. José Cazorla se ha acercado mucho al general Miaja. Me consta que le ha influido en este asunto y, ojo, Cazorla es un convencido de que la República actúe de manera expeditiva en el asunto de los prisioneros. A mi manera de ver hay varios factores que operan a nuestro favor: nuestros amigos creen que la quinta columna es algo, digamos, con entidad, aunque a nosotros nos consta que son cuatro gatos. El miedo a los quintacolumnistas y a los moros entrando a saco en Madrid juega a nuestro favor. Hay una desbandada general y se va a producir un vacío de poder inmenso en el que nos va a resultar fácil actuar. Hemos pensado que Carrillo nombre a Serrano Poncela jefe de la Dirección General de Seguridad, aunque le cambiaremos el nombre al cargo. Será algo nuevo y dependerá de la Consejería de Orden Público. Ya veremos cómo se llamará. No olvidemos que las consejerías de la Junta de Defensa serán la máxima autoridad que quede en Madrid.

—¿Nos servirá? Poncela, digo —Gorev.

—Claro. Los hemos elegido bien. Son jóvenes y creen en todo lo que viene de la Casa. Entre idealistas y trepas, fácilmente manejables. Serán nuestros tontos útiles. Por cierto, Josif se encargará de estar cerca de nuestro hombre.

—Sí —aclara Grigulevich—. Vamos a crear una brigada especial al servicio de nuestro amigo, yo me encargaré de la selección y el adiestramiento.

—¿No pensáis que es demasiado peligroso dejar todo esto en manos de tipos tan jóvenes? —pregunta el general Gorev.

—No, al contrario —responde Orlov—. Gafitas tiene veintiún años y por eso va a ser fácil de manejar. Solo pretende agradar.

—¿Y los anarquistas? Controlan las carreteras —añade Gorev que quiere asegurar el éxito de la operación.

Kosltoy, siempre al tanto, apunta:

—Hemos hablado con ellos. Amor Nuño está preocupado por el asunto de los prisioneros. Tuvimos una conversación. Esta misma mañana he sabido que los controles de la CNT/FAI no interferirán en las operaciones.

El general Gorev se palmea los muslos con evidentes muestras de agrado ante el diseño magistral de aquella compleja operación. Entonces, hace los honores y sirve cuatro pequeñas copas de vodka.

—Camaradas. Por la operación evacuación, entre comillas, claro.

—*Na zdrowie!* —exclaman los cuatro entrechocando las copas.